DE MEXICO A LIMA

EN EL SIGLO XVIII

I

Parece que pasó la época de los libros de viajes, con su lento fluir sobre el paisaje, sus ratos de meditación, sus sobresaltos en despoblado, sus misterios de lo lejano y maravilloso... Cada día resulta más difícil la reposada visión humana de lo desconocido, de «vivir de viaje». En los exactos programas de las agencias de viajes queda ya muy poco margen para lo imprevisto. El confortable practicismo del «jet» ahorra penalidades pero también poesía.

Digo esto con un poco de nostalgia, al repasar unas notas que tomé hace años sobre un curioso libro, que acaso merezca la pena dar a conocer. Se trata de los «Consejos económicos, políticos, morales y saludables que da un amigo a otro que solicita dejar la ciudad de México por pasar a la de Lima». Es un manuscrito primoroso, con cerca de 4.000 versos, de autor anónimo del s. XVIII, que forma parte de la pequeña biblioteca de la parroquia de Santa Cruz de Medina de Pomar.

Entre la sátira y cierto aire picaresco, nos da las líneas características —acaso caricaturescas— de la vida de Lima allá por el mil setecientos y pico, tal como debió vivirla algún medinés, un tanto escéptico, de aquellos que tradicionalmente buscaban fortuna en las Indias. Hagamos un breve sumario de su contenido.

La obrita consta de dieciocho romances de verso octosílabo. En el primero de ellos el autor presenta a su amigo las poco halagüeñas perspectivas que Lima ofrece, a fin de disuadirle

por todos los medios, ya desde el principio, de su proyectada salida de México:

«¿Por Lima intentas dejar
el mexicano hemisferio,
el pasmo de la hermosura,
de la delicia el espejo?
¿Por Lima? Terrible absurdo,
notabilísimo exceso;
dejar sin duda una gloria
por un conocido infierno.
¡Oh, cómo yo te infundiera
un vivaz conocimiento
para que reconocieses
lo que va de reino a reino!
Yo que en aquella ciudad
tantos aprendí escarmientos,
tantas adquirí experiencias,
tantos conseguí recuerdos...»

He aquí, a poco de comenzar, expuesto el motivo de la obra, el artificio que sostendrá con mayor o menor fortuna el interés a lo largo de interminables ringleras de versos, en los que, pese a la aparente insustancialidad del tema, el autor logra salir bastante airoso. Yo diría que para nosotros el interés que encierra es mayor que para el supuesto «amigo», puesto que de intento nos ofrece una visión pesimista y busca todos los recovecos de carácter peyorativo, a fin de presentar un cuadro lo más sombrío posible. Para un historiador esto es importante, acostumbrados como estamos a leer casi exclusivamente relaciones favorables sobre ambientes y lugares de antaño.

El autor, supuesta la persistencia de su amigo, va describiendo el viaje desde México: lo embarca en Acapulco y le va haciendo pensar, no sin hipérbole,

«que después de muchos meses,
por ser contrarios los vientos,
en Payta te desembarcas,
que es del Sur un surgidero.»

Catorce leguas de inmensos arenales, que no son los mayores del camino, obligarán a su amigo a descansar en Piura,

«ciudad con visos de pueblo,
benéfica solamente
para el contagio venéreo.»

De vez en cuando el tono zumbón de nuestro anónimo retoza en graciosas cabriolas de chistes ingenuos. Así en Piura un calor abrasador le pondrá en trance de dormir «al sereno sin haberlo». La jornada es dura a través de las «nuevas Tebaides sin monjes». Entramos de Sechura: arena y cielo, sed abrasadora hasta llegar a Lambayaque, lugar para el que la acritud de la pluma del poeta se suaviza, rindiendo tributo a la verdad:

«abundante, fértil pueblo,
cuyos indios y vecinos
son del agrado el modelo.»

Otro descanso y de nuevo en camino «para el pueblo de San Pedro». De allí a poco, entre constantes privaciones, Trujillo:

«Pero en llegando a Truxillo
son tus mayores lamentos:
que miras amurallada
la carencia como centro,
pues para que no se salga
entre murallas la han puesto »

Aires de nobleza, «afanes quixotescos», pero «más deudas que deudos». Hay poca plata:

«En la plaza se permutan
harina y carne por huevos,
por pan frutas y verduras
y también gatos y perros...»

No es muy halagüeña la estancia en Trujillo y hay que salir cuanto antes a los desiertos que median hasta Santa Elena. Corriendo la costa «a costa de tu dinero», otra vez arenales, así como el peligroso paso de ríos con las consiguientes peripecias y peligrosas aventuras,

«que no hay comedia que tenga
en lo largo y lo molesto
jornadas más dilatadas
ni pasos que sean más secos.»

Por fin Lima. He resumido con prisas de hoy. Hecho un descanso en la puerta de Guía, entremos sin prisas, a la luz de un nuevo día, con ojos de visitante curioso.

II

Hace un par de siglos las ciudades no atraían precisamente por su urbanización y aires acogedores. Cabría decir, con criterios de hoy, que en ellas toda incomodidad tenía su asiento. Por otra parte, acusaban mucho más que los ambientes rurales el materialismo y una raquítica vulgaridad. Por razones fáciles de suponer, las grandes ciudades americanas van más rápidamente que en Europa hacia una modernidad que si muy recientemente se traduce en un gigantesco avance material, por los tiempos de que hablamos viene a concretarse en el desfondamiento de lo tradicional. Hace crisis lo que España llevó a América de hondura católica y europea. Empiezan a perfilarse los rasgos, poco elegantes por cierto, de una madurez prematura que está reclamando vida independiente.

Nuestro anónimo poeta refleja esta triste realidad de la dieciochesca ciudad de los virreyes. Entrando por la puerta de Guía, a lo largo de una espaciosa carrera, bulle el trajín, que el poeta trata de describir en el mismo orden desordenado que advierte el transeunte, impresionado por aquella barahunda:

«...pulperías,
tambos, chinganas y puestos,
cocinerías, serranos,
mulas, y gentes y arrieros...»

Todo entre nubes de polvo que el sol y la muchedumbre de «burros alfareros» agigantan sin cesar. Un magnífico puente de piedra une la ciudad partida en dos por el Rimac. Un recuerdo del poeta para los muchos a quienes en él «les echan cordel al cuello»; un delicioso juego poético con «sus ojos llorando» y «sus niñas corriendo»; impresión de conjunto para orientar al lector sobre lo que será el marco literario de muchos folios. Pasa sin detenerse bajo el Arco Grande e invita a su amigo a contemplar un

«...palacio excelso
de los señores virreyes,
pero que no iguala al nuestro.»

Atravesando la ciudad, se llega pronto a la Plaza Mayor, con el consiguiente rebullicio de la época. Abundante mercado

«de carnes y vivanderos,
de verduras, de primores
y frutas en todo tiempo.»

Un tropel de mercachifles y compradores de toda raza dan colorido al ambiente de corrupción, engaños y usuras. La descripción es penosa.

Poco más allá, la catedral. ¿A qué enumerar glorias? Allí están las cenizas del conquistador Pizarro; aquéllas piedras podrían contarnos muchas cosas de Sto Toribio de Mogrovejo, el segundo obispo de Lima... Pero no hay tiempo ni es ocasión para pararse en eso. La malicia del poeta hace que miremos junto a la catedral

«en su hermoso cementerio,
con anafallas y muestras,
quienes las están debiendo.»

Aquí se interrumpe el paseo por aquella Lima de los virreyes y el romance deriva maldiciente hacia el campo ancho de la avaricia, como raíz de las más torcidas artes y fingidos amores, que darán pronto cuenta del incauto viajero.

III

Media centuria antes de que saltara la chispa revolucionaria antiespañola, Lima ofrecía al turista el frío característico del cosmopolitismo y la tragedia de una corrupción social, alegre y confiada. Sangran pesimismo los versos que nuestro anónimo dirige a su amigo, previniéndole de la desgracia que le supondrá cambiar México por Lima. Lo de menos son los inconvenientes materiales en que el poeta insiste más y más; por ejemplo,

«un sol para quien la Siria
son de nieve sus desiertos.»

y, en consecuencia,

«mustios todos los semblantes,
pálidos y macilentos.»

Como nota curiosa, la infinidad de perros tumbados a la sombra sin fuerzas para levantarse, el problema de la gran cantidad de borricos de transporte y los mil inconvenientes de una ciudad en tiempos del «¡agua va!».

Nos interesa —y al uoeta también— la vida, detalles de aquella vida chata, en medio del individualismo feroz, que tiene como ideal de la existencia el placer y la holganza. Son los tiempos en que el bien parecer, las aapriencias, la moda ridícula, privan por doquier. Hay como una constante aspiración a la orgía, a estrujar el momento presente: y son muchos

«aquellos que vincularon
en el vicio su recreo,
su dicha en la diversión,
su mayorazgo en el cuerpo.»

Cada individuo es un mundo en aquel conglomerado de hombres que se odian por motivos rastreros, azuzados por el vicio y el instinto de la raza. Aparte los europeos, arrogantes y corrompidos como los que más, el poeta nos presenta

«grande multitud de pelos:
indios, zambos y mulatos,
chinos, mestizos y negros.»

Los españoles pasean supuestas hidalguías; de ordinario les queda ya más de tenorios que de ejemplares conquistadores:

«Verás a los españoles
armados y peripuestos,
con ricas capas de grana,
reloj y grandes sombreros.»

Ellos suelen ser dueños de las bodegas, «escobas que barren todo el dinero». Predominan los andaluces, gallegos y montañeses; no andan con escrúpulos en el comercio: en los eternos regateos y las frecuentes broncas suelen sacar partido. Parece

que «sobra gente española» y el poeta asegura de paso, con toda sinceridad, que

«si el que censurare fuere
de los mismos europeos,
advierte que pocos doctos
suelen ir a aquellos reinos...,
pues muy pocos con destreza
dejaron buenos empleos.»

El odio a los europeos está ya tan exacerbado que un niño de escuela jura que

«si yo supiera de cierto
la vena por donde corre
sangre de españoles, luego
sin duda me la sacara.»

Lo cual no obsta para que

«si se ofrece alegar
sobre ilustre nacimiento,
no se les oye otra cosa
que: mi padre fue gallego,
mi madre nació en España,
fue andaluz mi bisabuelo,
mi abuela de las Montañas,
de Asturias mi entroncamiento...»

Todavía ser español era timbre de nobleza, pero esta palabra empezaba a estar vacía de auténtico sentido. El aborrecimiento hacia lo español iba en aumento a medida que la corrupción avanzaba en beneficio de los logreros. Tampoco deja de ser aleccionador para la historia el abismo que separaba a indios y negros y la mayor potencialidad humana de estos últimos, a pesar de su corrupción. Los negros son el sostén de la vida pública y adquieren por esta época una influencia social que acaso no supieron aprovechar. En efecto, los negros libres son los únicos que no tienen el trabajo como deshonra y aseguran su vejez. Aunque nuestro autor los tiene evidentemente en bajo concepto, no puede ocultar, por ejemplo, al hablar de la medicina, que ellos ejercían en exclusiva,

«que estos señores doctores
son del Rey Congo los nietos.»

Los indígenas han llegado ya a una pereza colectiva tal que rehusan todo trabajo y, por supuesto, las artes o las letras. Toda su ciencia es la del juego y procurarse por torcidos medios el caudal necesario para su desenfreno. Observa el poeta

«que la fe pública está
también entre macabeos,
que de todos los escribas,
de todos los fariseos,
hay muchos del mulatismo
y del género chinesco.»

IV

La mujer suele ser uno de los índices más exactos en el análisis interno de un ambiente. Sobran disquisiciones históricas o experimentales ante la evidencia. Y el hecho es que la mujer de Lima en el siglo XVIII nos da muestras palmarias de frivolidad. Habríamos de transcribir muchos centenares de versos para recoger detalladamente mil aspectos de una realidad harto triste como para que no la explotara este anónimo, socarrón y maldiciente, siempre que salta la ocasión. Daré solamente algunos retazos que me parecen más significativos.

Dos son las preocupaciones fundamentales de la mujer limeña: el lujo y el dinero. Ya en el primer paseo por Lima el poeta está indicándonos con el dedo:

«muchas calesas de damas
verás que tiran los negros,
usando allí de libreas
quien no tiene privilegios.»

No deja de extrañarnos un tanto la extrema desenvoltura a que llegan en un tiempo en que aún, por lo general, la mujer europea ponía su punto de gloria en el recato. En Lima nada tiene de extraño, por ejemplo, que

«una madama de fondos,
tisúes y terciopelos.»

entre tranquilamnete a cenar, sola o acompañada, a alguna de aquellas sórdidas bodegas, de que eran dueños los españoles...

La juerga acaba de clarear el día. Es fenómeno bastante corriente, cuya importancia vislumbra el poeta, no muy amigo de reflexiones; ello es

«causa de la perdición
de aquel dilatado imperio,
en el cual las densas nubes
llueven natales...»

Es completamente escéptico en punto a las peruanas:

«...ángeles con uñas,
todo remilgos, requiebros,
todo cotufas y dengues,
todo quites y arremuscos,
todo artificio y ficción,
todo cautela y enredos,
todo mentiras y trampas,
todo embustes y embeleco.»

Dedica romances enteros a prevenir a su amigo. Despilfarro, aunque reine el hambre; amigas de pleitear; sempiternas callejeras, ingratas y cínicas... Es un desengañado. Por eso recomienda a su amigo:

«A lo filósofo vive,
encerrado en tu aposento
y siempre incomunicable,
si quieres gozar sosiego.»

La fiebre del oro, mayordomo del vicio, las consume:

«pues ninguna de ellas quiere
otra cosa que el dinero.
El dinero es su querido,
es su amor, es su embeleso,
es su amante, es su galán,
es su amigo y es su deudo,
... ...
su fineza, su cariño,
su vivir y su contento.»

¡Triste figura la de la mujer en el teatro, en la conversación salpicada de chistes groseros, en los bailes provocativos, en todo sus vivir con fines de lucro y de placer!

V

Creo que va siendo hora de poner coto a este empedernido narrador de flaquezas y pesadumbres. Pero antes, pese a las estrecheces económicas y a la ruina total, que el poeta preconiza próxima, digamos algo de la cocina. Nuestro autor entra en ella de mano de las mujeres. He aquí, por ejemplo, un «frugal» desayuno:

«Una niña quiere asado,
a otra se le antojan sesos;
éste apetece criadillas,
aquélla patas de puerco;
un niñito quiere cocos,
otro roquetes cubiertos;
aquél quiere empanaditas,
pastelitos otro de ellos;
la negra pide tamal,
aguardiente pide el negro;
carne quiere la mulata,
pan y dulce el calesero;
la señora quiere leche,
tostadas el caballero...»

Solían ser las mujeres especialistas en buscar con sus artes ocasiones de ser convidadas. Pues bien, un refresco, que fácilmente accedía a ofrecer el desventurado que caía en sus redes, suponía muchos pesos de gasto:

«Una de ellas pide helados,
otra vino y bizcochuelos,
el padre pide sangría,
el doctor ponche de huevos,
el colegial limonada,
horchata quiere el minero,
barquillos pide el vecino,
la primita dulces secos.»

He aquí el curioso menú de un banquete a la americana: sopa de mondongo, carapulca, lagua, cecina, yucas, pepián, ensalada de enredos a base de diversos cocidos, frijoleo con cecina, charguscán, choeles, camotes, sango, patasca, chupe de que-

so, morcilla con dulce, mazamorra, fríjoles colados, liche vinagre, chicharrones, sopa verde de mate con pan revuelto, albóndigas de guarapo.

Solían ser los europeos los que con frecuencia pagaban sus pujos de galantería y entonces era más secilla la carta:

«Ponen varias ensaladas,
pichones, pavos rellenos,
leche, clema, huevos, fritos,
pescado, vaca, carnero,
camarones, ropavieja,
estofado, pasas, queso,
vino dulce, almendras, nueces
y otros manjares diversos.»

Así se iba viviendo. Ciertamente, habría que hacer muchas aclaraciones y poner no pocos complementos a este libro de versos amargos. Tanto más cuanto que sólo he recogido aquí algún que otro aspecto de la vida limeña, a título de ejemplo. Aún así, el libro me parecía suficientemente curioso e interesante para darlo a conocer.

Nicolás LOPEZ MARTINEZ